

Pasado y futuro de Remolina

Hace cien años *La Viña* ya no producía vino, ni se cultivaba lino en *Las Linares*, ni había molinos en los *Prados de los molinos*. La *Era López* era ya un nombre extraño para un lugar donde parece raro que haya habido alguna vez una era; y la *tierra tía Paula* no conservaba restos de arado y cultivo, sino frondosos espinos. Pero ahí siguen los nombres como memoria del pasado.

Hace cincuenta años todavía no había agua corriente, ni energía eléctrica, ni televisión, ni teléfono en las casas, ni coche alguno aparcado en la calles. A lo más alguna radio, sobre todo para oír el ‘parte’. En muchas familias faltaba incluso un reloj-despertador, para no tener que levantarse a mirar las estrellas cuando había que madrugar, aunque fuera crudo invierno. Eso sí, por los montes pululaban las veceras de vacas, novillas, jatos, ovejas, cabras, chivos y corderos. Las casas estaban llenas de gente todo el año y en los hornos se cocía el pan. Labradores, mineros, pastores y, sobre todo, esas mujeres fuertes, capaces de hacer casi todo en casa y en el campo. En la escuela había niños y alboroto. Se recogía hierba, se trillaba, se iba a hoja, se sacaban las patatas, se abonaba, se hacía la matanza. Los niños ayudaban e incluso se permitían el lujo de levantar un chozo para quemarlo la víspera del miércoles de ceniza. Una vida dura, con recursos escasos y muchas penalidades, pero también con formas de solidaridad básicas. Existencias surcadas de dolor y risas. Y en las noches de invierno, tan lóbregas, tan turbias, las largas hilas, donde se tejían, a la vez que la lana con la rueca y el huso, las inmemoriales historias colectivas, las bromas de cada día y los cuentos para dormir a los niños.

No se trata de nostalgias, sino del paso del tiempo y de cómo se teje la continuidad en las rupturas. Indicadores de cómo ha cambiado Remolina, para hacerse idea de lo que puede seguir cambiando. Es cierto que los cambios han supuesto pérdidas, pero han tenido mucho de emancipación y progreso. No es verdad que cualquier tiempo pasado fue mejor. Además, la historia es larga y ha cambiado siempre. Han pasado millones de años desde que, por algún temblor o alguna emoción de las entrañas de la tierra, surgió este remolino de montañas. Miles de años desde que los vadinienses romanizados enterraban a sus muertos en las *tierras de san Roque* con la admirable inscripción “*sit tibi terra levis*”, (“que la tierra te sea leve”). Cientos desde que Remolina era un pequeño monasterio. Quinientos desde que todas las primaveras los pastores venían alegres de Extremadura y todos los octubres volvían a marcharse, siempre con la misma organización y las mismas costumbres, como si no pasara el tiempo, a no ser por los amores que dejaban, o los hijos recién nacidos y los padres ya muertos.

Pero hace dos mil, quinientos, cien, cincuenta años, los cambios eran lentos y el futuro parecía seguro y determinado por el pasado. Los nombres persisten, a pesar de todo, como mensajes que no se dejan borrar. Podía no haber ya bueyes, pero la vecera de las vacas se seguía llamando de los bueyes. Permanecían las costumbres y los hábitos de solidaridad pensados para resolver las situaciones críticas. Una ancestral sabiduría y humanidad amparaba ante lo irremediable. Y la memoria ha tenido a gala habitar entre nosotros y no dejar perder del todo en el olvido a los ya desaparecidos. Amamos las huellas, hasta el punto de llamar a una roca *peña escrita*. ¡Pasión de un pueblo donde cada lugar tiene nombre y donde las hayas con frecuencia llevan gravadas las iniciales o los nombres completos de una amistad, por ejemplo, “Paco y Miguel” vivos aún en ellas, después de tantos años muertos! En medio de este remolino de montañas, escribimos silenciosamente en roca, casi sin palabras. Y éstas nos las devuelve también una peña, la de *las palabras*. A propósito de palabras, ¿quién de nuestros antepasados se habrá atrevido a llamar a una fuente *ojo del mar*? Se precisa un alarde de inteligencia para saber qué unidos están mirar, llorar y manar sin agotarse, de forma que un ojo es ya un mar. La naturaleza es aquí un texto legible.

Además, para nosotros la naturaleza está siempre ahí, disponible, con toda su dura belleza, enigmáticamente presente, amparándonos, abrazando. Una tarde en *Llizar*, ante esa maravillosa composición de piedra y hayas que forman *la Varga, la Hoz y las Coronas*, basta para sentir la vida serenamente en pie, coronada, cumplida. Por eso algunos queremos descansar y reposar definitivamente aquí, frente a la *peña de las palabras* y con el *ojo del mar* a la derecha. Por gusto, por agradecimiento y en gesto de justo retorno. Porque hay rincones más bellos en el mundo, pero ninguno más entrañable para nosotros.

Lo nuevo es que ahora todo cambia más de prisa; vivimos en la época de la velocidad. En el breve tiempo de una vida el mundo parece otro. La continuidad ya no está garantizada y el tejido puede romperse. En Remolina ya no se aran las tierras, no hay ovejas ni vacas por los montes, las cuadras se han convertido en leñares o garajes y casi no se siegan los prados. En pocos años no se reconocerán las fincas que han costado tanto trabajo a generaciones, e incluso algún pleito. Apenas nacen niños aquí; y la mayoría de quienes se casan, se van a vivir a otra parte. Muchas casas están vacías buena parte del año y con el ritmo de envejecimiento de la población se corre el riesgo cierto de que en el horizonte de pocos años se convierta, como otros muchos similares, en un pueblo fantasma, deshabitado salvo, quizá, en verano. Llegada esa situación ya no habrá verdadero Remolina ni para quienes sólo venimos unos días al año para realizar una recuperación intensiva de nuestras raíces. Este pueblo ha sabido sobrevivir pasando de unos cultivos a otros, de unas profesiones a otras, del aislamiento a internet. Ahora se trata de encontrar nuevas soluciones para no pasar a la despoblación, justamente para sobrevivir.

Cuesta imaginarse a Remolina despoblado y en ruinas. Cuesta porque algo se nos rompe por dentro y nos despoja, porque esa posibilidad nos resulta inquietante y siniestra, pero no porque falten motivos para ella. Al contrario, es probable y hasta fácil que así sea. Más aún, resulta razonable pensar que, si no logramos evitarlo, será así. Entonces la bolera, el casarón, la plaza... serán lugares vacíos, sin bullicio de presencias y conversaciones, sin sorpresas de encuentros, nombres sin contenido y, lo que es peor, sin memoria. Ya no los pronunciará nadie. Y nadie dirá aquí Agustín, Antonio, Asunción etc. refiriéndose a alguien muy singular y conocido de todos. Lo familiar e íntimo se habrá vuelto extraño. Y la naturaleza no se expresará en lenguaje humano; será sólo naturaleza bruta aunque siga siendo maravillosamente bella. Es ingenuo pensar que la naturaleza está mejor sola. Ya no habrá lugar, en ese caso, para las personas. Remolina se habrá quedado muda y desolada.

La situación es 'crítica'; estamos en un punto de inflexión. Por eso no bastan las palabras y los buenos sentimientos. Es preciso y urgente reaccionar y actuar, individual y colectivamente. Ha llegado la hora de las iniciativas. A cada uno nos corresponde preguntarnos ¿qué quiero y puedo hacer yo? El curso de la historia no es fatal e inmodificable. El futuro depende, en buena parte, de nosotros. Y a veces bastan pequeñas actuaciones, estratégicamente planteadas y bien articuladas, para producir cambios notables. Importa, por ejemplo, que cada vez haya más personas que al jubilarse decidan volver a vivir aquí de forma habitual o, al menos, largas temporadas. Es sobre todo importante apoyar a los jóvenes que se queden a vivir aquí para que encuentren una forma de vida satisfactoria y con futuro. Conviene organizarse y tener fuerza para conseguir ayudas de las administraciones y para reivindicar una planificación política que evite la despoblación de la zona. Es útil participar en las instituciones, sobre todo en las más cercanas. Hay que coordinarse con otros pueblos y acudir a los medios de información. La Asociación puede hacer de catalizador y es positivo y esperanzador ver la concienciación que ha conseguido y la cantidad de iniciativas que ha reunido ya. Particularmente significativo me parece el interés de los más jóvenes, que sólo pasan en Remolina sus vacaciones, pero cada vez colaboran más en RN, y que tienen una gran capacidad de comunicación y de innovación. Los de este pueblín sabemos por experiencia que "lo pequeño es hermoso" y muy capaz. Por eso esta meditación es una llamada a movilizarse. Hay una profunda

solidaridad entre pasado y futuro. Porque amamos nuestro pasado, nos importa mucho más el futuro. Sólo si hay futuro, se conserva y sigue teniendo valor el pasado.

Eugenio Fernández García